

LA PROTESTA
DIARIO ANARQUISTA DE LA MANANA
Valores y otros diríjanse a R. Crudo.

Correspondencia de Redacción
a LA PROTESTA.
(No se devuelven los originales)

LO QUE HAY QUE HACER

Cuando estalló la revolución en Rusia que dió por tierra con la dinastía de los Romanof, y se vió la preponderancia que de inmediato tomaron los elementos populares y más revolucionarios, se creyó con gran entusiasmo que el comienzo de la acción era un hecho, que en Rusia había sonado la gran campana anunciando la terminación del régimen en todo el mundo, que el impulso revolucionario del pueblo ruso se intensificaría y se extendería por Europa y hasta aquí llegaría, y todos los revolucionarios que en América están, esperaban contentos, rebosantes de satisfacción, el desarrollo progresivo y apasante de los acontecimientos. No se les ocurrió, ni por un momento, la idea de hacer efectiva solidaridad, más que por la desconfianza en las propias fuerzas, por la apatía que la inercia les ha producido, incapacitándolos para toda acción revolucionaria.

Al ver ese espectáculo desalentador nos recordamos del principio de la guerra, cuando ingenuamente se celebró en Rio Janeiro un Congreso que pretendió ser propio y en el que no se atribuyó a soluciones prácticas, sobrando las declaraciones platinadas. (Falta de un claro concepto revolucionario y, de una sólida, precisa orientación). Y nos recordamos de dicho congreso por que en aquel entonces se lo quiso improvisar con la pretensión de influir en la terminación de la actual contienda, como si el proletariado de Sud América — y menos el de tres países — pudiera ser un contrapeso a la locura guerrera y al error que la reacción burguesa había provocado en Europa. ¿Qué podía hacer un proletariado mal organizado y numericamente insuficiente como el de aquí, si el mismo proletariado europeo había sido desorbitado desde el primer momento por la propaganda nacionalista y guerrillista y por la situación de fuerza que los gobiernos crearon, encarcelando, reconcentrando y fusilando a los elementos más activos y conocidos por irreductibles?

V constatabamos: primero, movidos por un noble propósito, pero sin conocer el valor de los medios a disponer, tratan los revolucionarios — juntos con meros pacifistas — de realizar trabajos pro-paz, que ven bien pronto fracasar desvanecidos ante una ruda y sangrienta realidad, y más tarde, cuando un resplandor rojizo de futura libertad viene desde Rusia, se reducen a entusiasmarse y a esperar que la propagación del fuego revolucionario los liberte a ellos también, que tanto entusiasmo platinado — han dado a la revolución.

Esta constatación de un estado de espíritu lamentable, de una evidente incapacidad revolucionaria, no hemos sido solo nosotros quienes la hemos hecho, pero nos creemos obligados a llamar la atención de todos los anarquistas para que se dispongan con más seriedad, con más abnegación, a efectuar una obra revolucionaria más eficiente que la hecha hasta ahora, dedicándose desde su puesto de lucha, a mantener los postulados libres del anarquismo y a influir con su actuación clara, honesta, ejemplar, en la extensión de la propaganda. Por que ha sido, y es, un defecto de la propaganda anarquista el exceso verbalista, la preocupación lírica, como si solo la propaganda hablada o escrita fuera suficiente para emancipar integralmente a los hombres y acercarnos a los momentos decisivos de la transformación social. Debemos acostumbrarnos más a los hechos, a hacer actuar nuestra voluntad sobre las cosas y los acontecimientos y necesariamente, para hacerlo, tenemos que dirigimos a lo inmediato, a nuestro propio medio, desde nuestro hogar a nuestras relaciones, al taller en que trabajamos, al barrio y a la ciudad en que vivimos y antes que nada, a nosotros mismos, si, a nosotros mismos, por que nos tenemos que hacer cada vez más anarquistas, preocupados por nuestra propia cultura, por crear una conciencia verdaderamente contraladora de nuestros actos, un criterio activo y seguro, una voluntad decidida, una dispo-

ca, de manera que nos capacitemos para desempeñar con eficacia el rol que nuestro afán de equidad y de equilibrio, de bienestar para todos, nos ha impuesto.

«Lo que hay que hacer es recordar que somos anarquistas, que como tales sin alharacas ni exhibicionismos, ser, modestamente, contribuyendo cada uno con su inteligencia y con su actividad en la obra emancipadora que hemos emprendido, en las dificultades que debemos conocer, que quienes las han ignorado y por eso les ha parecido fácil ser anarquista, se aparten de nosotros, que estamos dispuestos a sacrificar todo por mantener la integridad de nuestros ideales y no revocaremos nuestros propósitos de comunalidad y armonía libertaria, como po transigiríamos con los pacifistas políticos contrarios a la acción directa que proponíamos.

«Lo que hay que hacer es acercarnos al pueblo trabajador con el alto propósito de facilitar su emancipación, de guiar sus ansias de mejorar la vida hacia la solución práctica y humana que ofrece la anarquía, y debemos acercarnos porque es más con él que con otros que la revolución se hará, por que el mismo necesita de la orientación anarquista, por que solo en contacto con el proletariado es que el anarquismo se hace fuerte y se convierte en formidable amenaza para el régimen actual. Pero debemos acercarnos, sin los propósitos ruines y mezquinos que se acercan los políticos y los malos pastores que se titulan anarquistas, que van a buscar en el proletariado el halago de su vanidad en forma, o la satisfacción de su manía exhibicionista, o por un snobismo literario, o por conseguir un puesto rentado u otro medio de vida fácil.

«Lo que hay que hacer, lo saben muy bien los buenos anarquistas, los que se empujan en perfeccionarse impulsados por un ideal de bondad y belleza y que se dan a la causa del pueblo, abnegadamente, sin restricciones, convencidos de que el triunfo de nuestras ideas no es fácil, que no ha de realizarse con improvisaciones, pues la emancipación humana es el resultado de los esfuerzos continuados e inauditos de los hombres de buena voluntad, resoneros y nobles.

LA REVOLUCION RUSA

Alguien ha pretendido justificar la actitud de Kerensky, considerando a la dictadura como el medio único de salvar la democracia, la nueva libertad rusa. Es que se juzga la revolución desde un punto de vista convencional y se antepone a ésta los intereses de las naciones aliadas en guerra contra los imperios centrales.

El peligro teutón se esgrime como arma para lanzar a los pueblos a la guerra, y el sofisma de los dos militarismos sirve únicamente para fortalecer la potencialidad militar de las repúblicas capitalistas, que establecen el servicio militar obligatorio, encarcelando a todo el que haga propaganda antiguerrera. Para después de la guerra relegar los gobiernos la solución de todos los problemas; para cuando se firme la paz sobre bases duraderas, ofrecer los tiranos de pueblos conceder mejoras económicas a los explotados. Mientras tanto los hombres continúan su obra exterminadora y la paz anhelada no aparece aun en el horizonte social, rojo de sangre, porque la paz no es posible mientras un enemigo quede en pie, mientras un militarismo tenga fuerza suficiente para ponerse frente al otro militarismo.

El pueblo ruso debe sacrificar la Revolución a los intereses capitalistas que se ventilan en esta guerra formidable. La democracia, que significa la perpetuación del régimen de los privilegios, debe ser salvada a toda costa. Y son enemigos de la nueva libertad rusa los pacifistas y extremistas, todos los revolucionarios que quieren precipitar los acontecimientos, terminando la guerra con el enemigo exterior para emprender la lucha contra el verdadero enemigo que oculta sus ambiciones tras el rojo emblema de la libertad.

Kerensky es el sirviente de la Alianza, el representante de la burguesía que se ha propuesto sofocar la revolución implantando el régimen del terror, por la sangre y el hierro in-

con calma y de sacristán e instintos de franciscano.

En su doble misión, este doctor Alfredo Torres, se presta a los manejos de los terratenientes y a las aritméticas de los curas, desalojando, como juez, a los campesinos de las tierras que ocupan en cuanto no pueden cumplir con el amo, y obligando, como encargado escolar, a que se enseñe la doctrina católica en las escuelas, dando ingerencia en la enseñanza a los frailes y persiguiendo a los maestros que no inculcan a los niños el virus religioso.

Con jueces como estos, no es extraño que las cosas marchen en la forma que van, ya que solo la justicia divina puede invocar un fraile, después de estar revestido con la toga del magistrado de la ley. Y que diremos de esa otra función representada en el magisterio, pretendiendo educar a los niños a base de oraciones y agua bendita?

Colectivo comunal

El doctor Laurecena, gobernador de E. R., ha reconocido en su último mensaje que es necesario democratizar el gobierno de las comunas, pues cada municipio tiene el derecho y el deber de valerse por sí mismo, en completa autonomía y de acuerdo con el régimen federal.

Nos gusta esto, el radical doctor Laurecena se acerca algo a nuestros principios, pero, como a todas las mentalidades burguesas le sucede que se queda en el camino, no tiene el valor de seguir hasta el extremo lógico su deducción autonomista. Nosotros, más valientes y más coherentes, decimos que el individuo libre en la comuna o municipio, debe valerse por sí mismo en completa autonomía, dentro del libre acuerdo con sus amigos o vecinos.

Y por no llegar a ese extremo lógico los doctores políticos manteniéndose en el cúmulo de iniquidades sociales que el pobre pueblo soporta.

Muerto a palos!

Así fué asesinado el cabo Rodríguez

Así titula «La Democracia» de Montevideo el siguiente telegrama por el que se ve que aliente el Plata saben más que aquí respecto a la muerte del ex cabo Rodríguez:

«Buenos Aires, julio 28. — El resultado de la autopsia practicada al cabo, guardando sobre el informe que presentará mañana, una rigurosa reserva.

«No obstante, se ha podido saber que según esos facultativos, Rodríguez fué muerto a garrotazos, recibiendo uno en el cuello y otro en el cráneo; éste último le produjo un derrame cerebral que determinó el fallecimiento.

El silencio cobarde y vergonzoso de la prensa metropolitana, pues hasta el diario de los que se dicen defensores del pueblo calla con igual cobardía e igual falta de vergüenza, es una prueba evidente de que han sido presionados por la casta militar para dejar dormir el asunto, que es un baldón de ignominia para el país entero y especialmente a la casta militar, a la administración de justicia, al cuerpo médico y a la prensa.

Y resultará entonces que los asesinos del ex cabo Rodríguez no son solo los que lo mataron a garrotazos, si no que también los que debiendo esclarecer el crimen lo ocultan en una confabulación ruin y cobarde.

Por que ni nosotros, ni los dos diarios que continúan hablando del asunto, somos suficientes para mover la entera opinión pública, pero insistiendo, tal vez intereseamos a lo mejor que ella tiene.

Comentarios

También en la Pampa...

Resulta que en la Pampa hay jueces, como en cualquier otra parte de la República. Esto creemos no constituye un descubrimiento. Pero sí lo es el hecho de que en Santa Rosa de Toay haya un juez en lo civil y comercial que a más de ser juez supremo de todo el territorio, es encargado escotar, una especie de rey y señor de aquellas tierras,

con alma y de sacristán e instintos de franciscano.

En su doble misión, este doctor Alfredo Torres, se presta a los manejos de los terratenientes y a las aritméticas de los curas, desalojando, como juez, a los campesinos de las tierras que ocupan en cuanto no pueden cumplir con el amo, y obligando, como encargado escolar, a que se enseñe la doctrina católica en las escuelas, dando ingerencia en la enseñanza a los frailes y persiguiendo a los maestros que no inculcan a los niños el virus religioso.

Con jueces como estos, no es extraño que las cosas marchen en la forma que van, ya que solo la justicia divina puede invocar un fraile, después de estar revestido con la toga del magistrado de la ley. Y que diremos de esa otra función representada en el magisterio, pretendiendo educar a los niños a base de oraciones y agua bendita?

Nos gusta esto, el radical doctor Laurecena se acerca algo a nuestros principios, pero, como a todas las mentalidades burguesas le sucede que se queda en el camino, no tiene el valor de seguir hasta el extremo lógico su deducción autonomista. Nosotros, más valientes y más coherentes, decimos que el individuo libre en la comuna o municipio, debe valerse por sí mismo en completa autonomía, dentro del libre acuerdo con sus amigos o vecinos.

Y por no llegar a ese extremo lógico los doctores políticos manteniéndose en el cúmulo de iniquidades sociales que el pobre pueblo soporta.

Manifestación suspendida

Y si no, ahí va un ejemplo: La manifestación que hoy debía celebrarse en Rosario de Lerma (Salta), contra las autoridades municipales, ha sido suspendida.

Vemos pues: que en los municipios suele haber autoridades malas, infieles a la causa que se les ha confiado y que los ciudadanos no cuentan con la libertad necesaria para expresar sus opiniones y hacer valer su voluntad.

Otra víctima de la social

Un obrero ruso, que dicen intentó con otros ferroviarios asaltar el depósito de locomotoras del Rosario, ha sido apesadado y se le ha incoado proceso por infracción a la ley de defensa social.

La situación en España

España atraviesa por un momento de franca revolución, empujada por los acontecimientos que avanzaron su quietismo de nación medieval, apegada aun a una tradición vetusta que se sintiera en la ranciaidad de sus costumbres y en los procedimientos bárbaros empleados por los gobiernos reaccionarios que sometieron al pueblo a la más ignominiosa esclavitud.

Pero en el seno del pueblo, en el fondo de los tugurios presididos por el infortunio, en la lobreguez de las bicas donde el amo explota miserablemente a los parias, cuando la tiranía y el despotismo regían todas las manifestaciones de la vida social, la revolución hacia su obra demolidora del perfidioso, aventando la ignorancia milenaria que pesaba sobre las conciencias. Y el proletariado español entró en lucha trágica contra el capitalismo voraz y el Estado prepotente, escribiendo en la historia de las emancipaciones humanas páginas gloriosas, escritas con sangre de mártires sacrificados en holocausto de la idea.

Todos los gobiernos que se sucedieron en el poder, trataron de ahogar en sangre este resurgimiento, y en el año 1908, cuando la revolución de Barcelona, Maastricht, el asesinato de Ferrer, cubrió de igno-

SUSCRIPCIONES

Subscription rates table: Mensual \$ 1.50, Exterior \$ 1.80, Número suelto \$ 0.05

LOS NOBLES Y LA TIERRA EN RUSIA

La revolución de marzo de 1917. Como la crisis de 1905, ha puesto de frente a los dos antagonistas: el noble y el campesino. Se puede decir que a pesar de la viva agitación de las huelgas obreras, la verdadera lucha en Rusia se hace por la posesión de la tierra.

En 1906, para desvirtuar la fuerza de los campesinos se dictó la ley del 9 de noviembre, destinada a hacer desaparecer poco a poco la comuna — lo que en ruso se llama mir — se decidió tomar esta fuerza unión de las clases sociales que las permitía, sintiéndose solidarias, luchar con éxito contra los propietarios aristocráticos.

En 1917, el problema se plantea de nuevo en términos agudos; se habla todavía de tierras invadidas por los países, de la repatriación que reclaman imperiosamente, de la expropiación que amenaza las grandes propiedades.

No es un problema únicamente social, lo es también político. Como se ve, el problema de la tierra en Rusia, después de la crisis de 1905, por los campesinos independientes, campesinos que se dirigen a las clases sociales, de repartir los terrenos de la Corona actualmente disponibles y expropiar a los grandes propietarios, no dejándoles más que lo mínimo, el problema está todavía lejos de ser resuelto.

La cuestión es sobre todo política: es necesario romper los cuadros de una legislación hecha únicamente en favor de los nobles para mantener sus privilegios, por que el antiguo régimen los consideraba como el sosén natural del trono; es necesario mejorar las vías de comunicación, desenvolver la cultura industrial, aumentar el poder de rendimiento de la tierra, perfeccionar y emancipar al agente, que es el campesino, al mismo tiempo que la tierra.

Lo que caracterizaba hasta el presente la situación del antiguo régimen era la desaparición gradual y sucesiva de la riqueza social de los nobles y la supervivencia de su poder político que reposaba sobre el vacío. El poder de esta nobleza era grande, se ejerció casi sin contrapeso hasta el estallido de la Duma en 1905; pero, mismo a partir de ese momento, los nobles de un gran número de provincias, tomaron la costumbre de reunirse en Petrogrado, fuera de toda autorización legal, toleando a la administración, envaleñando en secreto por la corte, y esas asambleas de la nobleza unificada, como ellos se llamaban, tomaban sus decisiones en verdaderas dietas que se reunían fuera del palacio de Tauride.

La ley electoral de la primera Duma fue cambiada y se introdujo en la asamblea legislativa a los representantes de las clases que no eran nobles. En las asambleas de la nobleza fueron bastante poderosas para imponer sus decisiones y su voluntad; no hay más que revisar las decisiones tomadas en esas asambleas y compararlas con los proyectos de ley presentados e impuestos por los diferentes gabinetes que se sucedieron en el poder, para constatar que la inspiración directriz de toda la legislación emanaba de los nobles. Ellos imponían sus ideas en política agraria; arrancaron a Stolypine una ley creando cortes marciales para castigar los motines rurales; tuvieron bastante fuerza para depurar el personal administrativo de los ministerios. Tchernichevsky fué deportado por haber exaltado las virtudes del emperador, de la comuna rural. Recientemente, el jefe de los nobles, Poushkevitch, a la cabeza de una organización, el Arcángel San Miguel, pudo denunciar a profesores universitarios, hasta a los que pertenecían al partido constitucional, por haberse unido a las asambleas de la nobleza unificada, en los años 1906 a 1912.

Esos nobles tenían a su disposición una prensa oficial u oficiosa; la «Gaceta de Moscú», percibía un subsidio de 10 millones de rublos por año para una publicación obligatoria que afectaba casi exclusivamente en el interés de la prensa bien pensada. Bandas de los Cien Negros (agrupación aristocrática-reaccionaria) fueron constituidas pa-

ra el servicio de ese gobierno otulga que completaba las medidas tomadas por el gobierno oficial y a menudo atrozizaba al exarca Nicolás II. Era, sobre todo, como lo ha hecho constatar Máximo Kovalevsky, no la gran nobleza que vive en sus tierras, pero sí la pequeña, y la media nobleza, la nobleza burocrática de donde salían los Stolypine, los de Plehve, los de Witte y otros más, y que formaban los cuadros de nobleza quien, para salvaguardar sus privilegios y para mantener intacto el principio autocrático pactó una inteligencia con la dinastía de Romanov y la paz por separado.

Ahora bien, el poder social de la nobleza se debilitaba poco a poco. Pasados en 1861 4 de cerca de 100 millones de hectáreas de tierras, en visperas de la actual guerra los nobles no podían reclamar más que 49 millones de hectáreas pertenecientes a unos 135.000 familias.

Durante ese tiempo, los campesinos, agregando a las tierras que habían obtenido en 1861 las que fueron compradas, vieron elevarse sus posiciones fundarias a cerca de 151 millones de hectáreas. (5)

Esas cifras vuelven más elocuentes al saberse que las tierras de los nobles están gravadas con hipotecas por valor de 800 millones de rublos y que los campesinos tienen en arrendamiento vastas extensiones de esas tierras.

Las luchas sociales de la tierra por los campesinos no ha sido que aumentar, mientras que los nobles perdían cada año casi un millón de hectáreas. (6)

Si se toma en consideración que los bienes poseídos por el clero apenas son más de 300.000 hectáreas, pues la secularización de los bienes monásticos se había ya efectuado, bajo el reinado de Catalina II, y que por otra parte las clases comercial e industrial, a pesar de las recientes adquisiciones, no poseen más que unos 700.000 hectáreas, se constata que los campesinos los que detentan las tres cuartas partes de la tierra rusa, y sin embargo, era contra ellos que se ejercía el poder político concentrado en las manos de una fracción de la burocracia y de la nobleza.

Eran los empujes queles soportaban la casi totalidad de las cargas fiscales, las contribuciones directas eran la excepción y los impuestos indirectos y de consumo la regla.

Durante el reinado de la nobleza, los campesinos encontraron un apoyo energético en los cadetes, constitución de las democratas, los representantes de las clases industriales y financieras. Poco interesados en la solución del problema, por su posición personal, los cadetes encargaron a uno de ellos, Herzenstein, de una encuesta sobre la política agraria (1906). No temieron proponer un proyecto de expropiación parcial para cambiar la penuria de los campos de los «mirjas», accediendo después de la reforma de 1861.

Tomaron por su cuenta la política agraria seguida por el gobierno inglés en la cuestión irlandesa y los principios aun más audaces de Nueva Zelanda, donde la propiedad territorial no puede sobrepasar un máximo. Los nobles respondieron con una política agresiva; Herzenstein fué muerto por un terrorista de los «Cien Negros»; los mismos cadetes fueron considerados como pelegros revolucionarios.

La ley en virtud de la cual fué elegida la primera Duma, se inspiró en la idea de que los paisanos eran los partidarios naturales de mantener el statu quo de cosas existentes y sin embargo, al inaugurarse esa asamblea se notó que los 167 diputados pertenecientes al partido liberado del trabajo, en el que habían entrado los miembros de la unión campesina, fraternizaban naturalmente, con los 153 diputados democratas constitucionales.

Para destruir a la vez a los campesinos que, en nombre de su emperador, vindicaban la tierra y a los cadetes que se habían unido a las asambleas de la nobleza unificada, se les dio un golpe de mano. Los nobles, por medio de sus representantes en las asambleas de la nobleza unificada, se hicieron campeones en la persecución a los judíos. (Véanse las «Resoluciones tomadas por las asambleas de la nobleza unificada», en los años 1906 a 1912).

Esos nobles tenían a su disposición una prensa oficial u oficiosa; la «Gaceta de Moscú», percibía un subsidio de 10 millones de rublos por año para una publicación obligatoria que afectaba casi exclusivamente en el interés de la prensa bien pensada. Bandas de los Cien Negros (agrupación aristocrática-reaccionaria) fueron constituidas pa-

ra el servicio de ese gobierno otulga que completaba las medidas tomadas por el gobierno oficial y a menudo atrozizaba al exarca Nicolás II. Era, sobre todo, como lo ha hecho constatar Máximo Kovalevsky, no la gran nobleza que vive en sus tierras, pero sí la pequeña, y la media nobleza, la nobleza burocrática de donde salían los Stolypine, los de Plehve, los de Witte y otros más, y que formaban los cuadros de nobleza quien, para salvaguardar sus privilegios y para mantener intacto el principio autocrático pactó una inteligencia con la dinastía de Romanov y la paz por separado.

Ahora bien, el poder social de la nobleza se debilitaba poco a poco. Pasados en 1861 4 de cerca de 100 millones de hectáreas de tierras, en visperas de la actual guerra los nobles no podían reclamar más que 49 millones de hectáreas pertenecientes a unos 135.000 familias.

Durante ese tiempo, los campesinos, agregando a las tierras que habían obtenido en 1861 las que fueron compradas, vieron elevarse sus posiciones fundarias a cerca de 151 millones de hectáreas. (5)

Esas cifras vuelven más elocuentes al saberse que las tierras de los nobles están gravadas con hipotecas por valor de 800 millones de rublos y que los campesinos tienen en arrendamiento vastas extensiones de esas tierras.

Las luchas sociales de la tierra por los campesinos no ha sido que aumentar, mientras que los nobles perdían cada año casi un millón de hectáreas. (6)

Si se toma en consideración que los bienes poseídos por el clero apenas son más de 300.000 hectáreas, pues la secularización de los bienes monásticos se había ya efectuado, bajo el reinado de Catalina II, y que por otra parte las clases comercial e industrial, a pesar de las recientes adquisiciones, no poseen más que unos 700.000 hectáreas, se constata que los campesinos los que detentan las tres cuartas partes de la tierra rusa, y sin embargo, era contra ellos que se ejercía el poder político concentrado en las manos de una fracción de la burocracia y de la nobleza.

legalitario, confundiendo lamentablemente la función de los factores y sus características. Por eso prevenimos al lector de todo lo que seguirá leyendo.

(2) Estas son las palabras de los políticos socialistas y de los mismos socialistas: querer emancipar al trabajador libre obrero antes del yugo económico, ni facilitar tampoco el medio de aplicar su libre actividad. Toda esa labor administrativa, de organización poco o nada se realizó después que se hayan puesto en común los medios de trabajo.

(3) Esta sucinta narración muestra bien claro que la nobleza, como todo elemento reaccionario o conservador, trata de defender sus intereses no teme combatir y realizar actos de rebeldía contra el Estado: en esos instantes, poco le interesa alterar el orden, y sino embargo niegan ese derecho de propia defensa a los obreros y a los verdaderos revolucionarios con la amenaza de la prisión o la horca.

(4) Efecto en se manifiestan entre los obreros y los campesinos se hicieron propiarios, como se ve en el ejemplo de la decimata es una medida agraria rusa, mayor que la hectárea.

(5) Este embrogamiento de la nobleza la debilitaba como fuerza social, mientras que los campesinos enriquecidos, comenzaban a formar una clase social poderosa como lo ha demostrado en la revolución, en la que ha desempeñado la función de contrapeso al revolucionarismo extremo de los obreros.

(6) Es claro que queda en pie la cuestión social, que se resuelve con la anulación política de la nobleza y con los medios políticos que el socialismo ofrece. La cuestión agraria rusa, como la de todos los países, ha de resolverse con la expropiación total, la comunalidad absoluta y el libre acuerdo de los trabajadores. — Notas del Traductor.

«Sólo dos, dentro de breves días otras clases sociales, van a formular públicamente una demanda. Una demanda más extensa, más humana que la de vuestros jefes y oficiales. Van a pedir que abandone el más alto poder del Estado el hombre que no ha sabido ejercerlo. Que caiga de una vez y para siempre el más débil y arruinar en sus manos todo el dinero y toda la riqueza de este pobre país. Van a pedir que en España la justicia sea justa: la administración sea honrada; la escuela enseñe a todos; la tierra produzca lo que debe producir; la tributación sea equitativa; el ejercicio sea voluntario y al alcance a todos en tiempo de guerra; el trabajo sea recompensado; la dignidad del poder civil. Van a pedir todo esto, no van a pedir en la misma forma que los jefes y oficiales, pero sí, jefes y oficiales, agrarios, amenazando, saltando por encima de las leyes, negando los brazos para el trabajo, del mismo modo que ellos negaron las armas para cumplir las órdenes del Gobierno.

¿Qué sucederá? Alfonso XIII no tiene fuera de aquí nada de su lado. Francia le ha cerrado las puertas. Inglaterra no quiere otro. Dentro de España tiene menos aún. Los militares que se refugian son los peores; lo dicen ellos mismos. Las oligarquías pluto-cráticas siempre al lado del capital. Ellos sabían que pesaba sobre ellos, el uniforme de la virgenza de la capitanía de Santiago y de las inmensidades de Marruecos. Ellos, sabían que, al lado del rey, un cuarto millón no formado por los mejores, prolegía sin mesura al que se decía arrastrarse y abandonada, sin piedad al que se ceñía al cumplimiento de los deberes. Ellos sabían que el Ministerio de Guerra se había noado por años y años casi todo el presupuesto del Estado y a pesar de ello no había municiones, ni fusiles, ni cañones, ni campo de operaciones, ni industrias de guerra, ni caminos estratégicos, ni servicio de sanidad, ni dinero siquiera para el rancho de los soldados. Ellos sabían todo esto y lemoseros de su responsabilidad en días próximos o celosos de su dignidad, constituyéronse en Junta de Defensa. Tenían, el propósito de derribar la oligarquía de arriba y dar al ejército los medios necesarios de sostén.

Sabéis la primera decisión del Gobierno: encerrar a los militares que tuvieron el valor cívico de constituir la Junta. Más, sabéis el relevo de Alfau. Sabéis, después del cese de Alfau, el nombramiento del general Marina y las órdenes expresas que a Marina le dió el rey. Marina vino a Barcelona con el propósito de fusilar a los militares detenidos en Monjuich. De volar la cabeza a tiro limpio. De hacerles polvo.

¿Por qué no se hizo esto? Porque los militares supieron agruparse, reunirse, consolidarse, sostenerse en el peligro. Por un lado, el general Marina no hubiera encontrado entre la fuerza armada un solo instituto dispuesto a cumplir tal orden. Ya lo intentó. Y ni infantería, ni caballería, ni artillería, ni carabineros, ni guardias civiles doblaron la cabeza. Aunque el rey lo exigiese, aunque lo mandase el capitán general, ellos no la harían.

Estos no encerraban el fusil contra los mismos militares que no habían realizado otro acto que exteriorizar el celo y el descontento de la colectividad. Por otro lado, los jefes en sus cuarteles tenían a las tropas dispuestas para ir a liberar a los detenidos que Alfonso XIII pensaba fusilar.

Sabéis cómo acabó todo. Marina dio cuenta a Madrid de la situación gravísima de Barcelona. De la disposición de espíritu de su guarnición militar. Madrid insistió en su orden primitivo. Insistió una vez, dos veces; tres veces. Pero ante la amenaza de reemplazar al general Marina, cedió, y los militares presos, fueron liberados y orden del Gobierno. Y las tropas no hubieron de salir de sus cuarteles. Y, todo, desde entonces, parece que, dentro del ejército, ya nada se volviéndonos con normalidad aparente. Aparente más, porque las Juntas hacen firmes sus peticiones. Porque las Juntas han llegado a promover una votación sobre el apoyo que el ejército podría dar a éste o a otro jefe de Estado y unos militares se han pronunciado francamente por el República don Alfonso y otros han votado por el hijo del infante don Carlos. Y ni uno solo ha propuesto la continuación en el trono de don Alfonso de Borbón.

«Sólo dos, dentro de breves días otras clases sociales, van a formular públicamente una demanda. Una demanda más extensa, más humana que la de vuestros jefes y oficiales. Van a pedir que abandone el más alto poder del Estado el hombre que no ha sabido ejercerlo. Que caiga de una vez y para siempre el más débil y arruinar en sus manos todo el dinero y toda la riqueza de este pobre país. Van a pedir que en España la justicia sea justa: la administración sea honrada; la escuela enseñe a todos; la tierra produzca lo que debe producir; la tributación sea equitativa; el ejercicio sea voluntario y al alcance a todos en tiempo de guerra; el trabajo sea recompensado; la dignidad del poder civil. Van a pedir todo esto, no van a pedir en la misma forma que los jefes y oficiales, pero sí, jefes y oficiales, agrarios, amenazando, saltando por encima de las leyes, negando los brazos para el trabajo, del mismo modo que ellos negaron las armas para cumplir las órdenes del Gobierno.

¿Qué sucederá? Alfonso XIII no tiene fuera de aquí nada de su lado. Francia le ha cerrado las puertas. Inglaterra no quiere otro. Dentro de España tiene menos aún. Los militares que se refugian son los peores; lo dicen ellos mismos. Las oligarquías pluto-cráticas siempre al lado del capital. Ellos sabían que pesaba sobre ellos, el uniforme de la virgenza de la capitanía de Santiago y de las inmensidades de Marruecos. Ellos, sabían que, al lado del rey, un cuarto millón no formado por los mejores, prolegía sin mesura al que se decía arrastrarse y abandonada, sin piedad al que se ceñía al cumplimiento de los deberes. Ellos sabían que el Ministerio de Guerra se había noado por años y años casi todo el presupuesto del Estado y a pesar de ello no había municiones, ni fusiles, ni cañones, ni campo de operaciones, ni industrias de guerra, ni caminos estratégicos, ni servicio de sanidad, ni dinero siquiera para el rancho de los soldados. Ellos sabían todo esto y lemoseros de su responsabilidad en días próximos o celosos de su dignidad, constituyéronse en Junta de Defensa. Tenían, el propósito de derribar la oligarquía de arriba y dar al ejército los medios necesarios de sostén.

Sabéis la primera decisión del Gobierno: encerrar a los militares que tuvieron el valor cívico de constituir la Junta. Más, sabéis el relevo de Alfau. Sabéis, después del cese de Alfau, el nombramiento del general Marina y las órdenes expresas que a Marina le dió el rey. Marina vino a Barcelona con el propósito de fusilar a los militares detenidos en Monjuich. De volar la cabeza a tiro limpio. De hacerles polvo.

¿Por qué no se hizo esto? Porque los militares supieron agruparse, reunirse, consolidarse, sostenerse en el peligro. Por un lado, el general Marina no hubiera encontrado entre la fuerza armada un solo instituto dispuesto a cumplir tal orden. Ya lo intentó. Y ni infantería, ni caballería, ni artillería, ni carabineros, ni guardias civiles doblaron la cabeza. Aunque el rey lo exigiese, aunque lo mandase el capitán general, ellos no la harían.

Estos no encerraban el fusil contra los mismos militares que no habían realizado otro acto que exteriorizar el celo y el descontento de la colectividad. Por otro lado, los jefes en sus cuarteles tenían a las tropas dispuestas para ir a liberar a los detenidos que Alfonso XIII pensaba fusilar.

Sabéis cómo acabó todo. Marina dio cuenta a Madrid de la situación gravísima de Barcelona. De la disposición de espíritu de su guarnición militar. Madrid insistió en su orden primitivo. Insistió una vez, dos veces; tres veces. Pero ante la amenaza de reemplazar al general Marina, cedió, y los militares presos, fueron liberados y orden del Gobierno. Y las tropas no hubieron de salir de sus cuarteles. Y, todo, desde entonces, parece que, dentro del ejército, ya nada se volviéndonos con normalidad aparente. Aparente más, porque las Juntas hacen firmes sus peticiones. Porque las Juntas han llegado a promover una votación sobre el apoyo que el ejército podría dar a éste o a otro jefe de Estado y unos militares se han pronunciado francamente por el República don Alfonso y otros han votado por el hijo del infante don Carlos. Y ni uno solo ha propuesto la continuación en el trono de don Alfonso de Borbón.

«Sólo dos, dentro de breves días otras clases sociales, van a formular públicamente una demanda. Una demanda más extensa, más humana que la de vuestros jefes y oficiales. Van a pedir que abandone el más alto poder del Estado el hombre que no ha sabido ejercerlo. Que caiga de una vez y para siempre el más débil y arruinar en sus manos todo el dinero y toda la riqueza de este pobre país. Van a pedir que en España la justicia sea justa: la administración sea honrada; la escuela enseñe a todos; la tierra produzca lo que debe producir; la tributación sea equitativa; el ejercicio sea voluntario y al alcance a todos en tiempo de guerra; el trabajo sea recompensado; la dignidad del poder civil. Van a pedir todo esto, no van a pedir en la misma forma que los jefes y oficiales, pero sí, jefes y oficiales, agrarios, amenazando, saltando por encima de las leyes, negando los brazos para el trabajo, del mismo modo que ellos negaron las armas para cumplir las órdenes del Gobierno.

¿Qué sucederá? Alfonso XIII no tiene fuera de aquí nada de su lado. Francia le ha cerrado las puertas. Inglaterra no quiere otro. Dentro de España tiene menos aún. Los militares que se refugian son los peores; lo dicen ellos mismos. Las oligarquías pluto-cráticas siempre al lado del capital. Ellos sabían que pesaba sobre ellos, el uniforme de la virgenza de la capitanía de Santiago y de las inmensidades de Marruecos. Ellos, sabían que, al lado del rey, un cuarto millón no formado por los mejores, prolegía sin mesura al que se decía arrastrarse y abandonada, sin piedad al que se ceñía al cumplimiento de los deberes. Ellos sabían que el Ministerio de Guerra se había noado por años y años casi todo el presupuesto del Estado y a pesar de ello no había municiones, ni fusiles, ni cañones, ni campo de operaciones, ni industrias de guerra, ni caminos estratégicos, ni servicio de sanidad, ni dinero siquiera para el rancho de los soldados. Ellos sabían todo esto y lemoseros de su responsabilidad en días próximos o celosos de su dignidad, constituyéronse en Junta de Defensa. Tenían, el propósito de derribar la oligarquía de arriba y dar al ejército los medios necesarios de sostén.

Sabéis la primera decisión del Gobierno: encerrar a los militares que tuvieron el valor cívico de constituir la Junta. Más, sabéis el relevo de Alfau. Sabéis, después del cese de Alfau, el nombramiento del general Marina y las órdenes expresas que a Marina le dió el rey. Marina vino a Barcelona con el propósito de fusilar a los militares detenidos en Monjuich. De volar la cabeza a tiro limpio. De hacerles polvo.

«Sólo dos, dentro de breves días otras clases sociales, van a formular públicamente una demanda. Una demanda más extensa, más humana que la de vuestros jefes y oficiales. Van a pedir que abandone el más alto poder del Estado el hombre que no ha sabido ejercerlo. Que caiga de una vez y para siempre el más débil y arruinar en sus manos todo el dinero y toda la riqueza de este pobre país. Van a pedir que en España la justicia sea justa: la administración sea honrada; la escuela enseñe a todos; la tierra produzca lo que debe producir; la tributación sea equitativa; el ejercicio sea voluntario y al alcance a todos en tiempo de guerra; el trabajo sea recompensado; la dignidad del poder civil. Van a pedir todo esto, no van a pedir en la misma forma que los jefes y oficiales, pero sí, jefes y oficiales, agrarios, amenazando, saltando por encima de las leyes, negando los brazos para el trabajo, del mismo modo que ellos negaron las armas para cumplir las órdenes del Gobierno.

¿Qué sucederá? Alfonso XIII no tiene fuera de aquí nada de su lado. Francia le ha cerrado las puertas. Inglaterra no quiere otro. Dentro de España tiene menos aún. Los militares que se refugian son los peores; lo dicen ellos mismos. Las oligarquías pluto-cráticas siempre al lado del capital. Ellos sabían que pesaba sobre ellos, el uniforme de la virgenza de la capitanía de Santiago y de las inmensidades de Marruecos. Ellos, sabían que, al lado del rey, un cuarto millón no formado por los mejores, prolegía sin mesura al que se decía arrastrarse y abandonada, sin piedad al que se ceñía al cumplimiento de los deberes. Ellos sabían que el Ministerio de Guerra se había noado por años y años casi todo el presupuesto del Estado y a pesar de ello no había municiones, ni fusiles, ni cañones, ni campo de operaciones, ni industrias de guerra, ni caminos estratégicos, ni servicio de sanidad, ni dinero siquiera para el rancho de los soldados. Ellos sabían todo esto y lemoseros de su responsabilidad en días próximos o celosos de su dignidad, constituyéronse en Junta de Defensa. Tenían, el propósito de derribar la oligarquía de arriba y dar al ejército los medios necesarios de sostén.

Sabéis la primera decisión del Gobierno: encerrar a los militares que tuvieron el valor cívico de constituir la Junta. Más, sabéis el relevo de Alfau. Sabéis, después del cese de Alfau, el nombramiento del general Marina y las órdenes expresas que a Marina le dió el rey. Marina vino a Barcelona con el propósito de fusilar a los militares detenidos en Monjuich. De volar la cabeza a tiro limpio. De hacerles polvo.

¿Por qué no se hizo esto? Porque los militares supieron agruparse, reunirse, consolidarse, sostenerse en el peligro. Por un lado, el general Marina no hubiera encontrado entre la fuerza armada un solo instituto dispuesto a cumplir tal orden. Ya lo intentó. Y ni infantería, ni caballería, ni artillería, ni carabineros, ni guardias civiles doblaron la cabeza. Aunque el rey lo exigiese, aunque lo mandase el capitán general, ellos no la harían.

Estos no encerraban el fusil contra los mismos militares que no habían realizado otro acto que exteriorizar el celo y el descontento de la colectividad. Por otro lado, los jefes en sus cuarteles tenían a las tropas dispuestas para ir a liberar a los detenidos que Alfonso XIII pensaba fusilar.

Sabéis cómo acabó todo. Marina dio cuenta a Madrid de la situación gravísima de Barcelona. De la disposición de espíritu de su guarnición militar. Madrid insistió en su orden primitivo. Insistió una vez, dos veces; tres veces. Pero ante la amenaza de reemplazar al general Marina, cedió, y los militares presos, fueron liberados y orden del Gobierno. Y las tropas no hubieron de salir de sus cuarteles. Y, todo, desde entonces, parece que, dentro del ejército, ya nada se volviéndonos con normalidad aparente. Aparente más, porque las Juntas hacen firmes sus peticiones. Porque las Juntas han llegado a promover una votación sobre el apoyo que el ejército podría dar a éste o a otro jefe de Estado y unos militares se han pronunciado francamente por el República don Alfonso y otros han votado por el hijo del infante don Carlos. Y ni uno solo ha propuesto la continuación en el trono de don Alfonso de Borbón.

«Sólo dos, dentro de breves días otras clases sociales, van a formular públicamente una demanda. Una demanda más extensa, más humana que la de vuestros jefes y oficiales. Van a pedir que abandone el más alto poder del Estado el hombre que no ha sabido ejercerlo. Que caiga de una vez y para siempre el más débil y arruinar en sus manos todo el dinero y toda la riqueza de este pobre país. Van a pedir que en España la justicia sea justa: la administración sea honrada; la escuela enseñe a todos; la tierra produzca lo que debe producir; la tributación sea equitativa; el ejercicio sea voluntario y al alcance a todos en tiempo de guerra; el trabajo sea recompensado; la dignidad del poder civil. Van a pedir todo esto, no van a pedir en la misma forma que los jefes y oficiales, pero sí, jefes y oficiales, agrarios, amenazando, saltando por encima de las leyes, negando los brazos para el trabajo, del mismo modo que ellos negaron las armas para cumplir las órdenes del Gobierno.

¿Qué sucederá? Alfonso XIII no tiene fuera de aquí nada de su lado. Francia le ha cerrado las puertas. Inglaterra no quiere otro. Dentro de España tiene menos aún. Los militares que se refugian son los peores; lo dicen ellos mismos. Las oligarquías pluto-cráticas siempre al lado del capital. Ellos sabían que pesaba sobre ellos, el uniforme de la virgenza de la capitanía de Santiago y de las inmensidades de Marruecos. Ellos, sabían que, al lado del rey, un cuarto millón no formado por los mejores, prolegía sin mesura al que se decía arrastrarse y abandonada, sin piedad al que se ceñía al cumplimiento de los deberes. Ellos sabían que el Ministerio de Guerra se había noado por años y años casi todo el presupuesto del Estado y a pesar de ello no había municiones, ni fusiles, ni cañones, ni campo de operaciones, ni industrias de guerra, ni caminos estratégicos, ni servicio de sanidad, ni dinero siquiera para el rancho de los soldados. Ellos sabían todo esto y lemoseros de su responsabilidad en días próximos o celosos de su dignidad, constituyéronse en Junta de Defensa. Tenían, el propósito de derribar la oligarquía de arriba y dar al ejército los medios necesarios de sostén.

Sabéis la primera decisión del Gobierno: encerrar a los militares que tuvieron el valor cívico de constituir la Junta. Más, sabéis el relevo de Alfau. Sabéis, después del cese de Alfau, el nombramiento del general Marina y las órdenes expresas que a Marina le dió el rey. Marina vino a Barcelona con el propósito de fusilar a los militares detenidos en Monjuich. De volar la cabeza a tiro limpio. De hacerles polvo.

¿Por qué no se hizo esto? Porque los militares supieron agruparse, reunirse, consolidarse, sostenerse en el peligro. Por un lado, el general Marina no hubiera encontrado entre la fuerza armada un solo instituto dispuesto a cumplir tal orden. Ya lo intentó. Y ni infantería, ni caballería, ni artillería, ni carabineros, ni guardias civiles doblaron la cabeza. Aunque el rey lo exigiese, aunque lo mandase el capitán general, ellos no la harían.

Estos no encerraban el fusil contra los mismos militares que no habían realizado otro acto que exteriorizar el celo y el descontento de la colectividad. Por otro lado, los jefes en sus cuarteles tenían a las tropas dispuestas para ir a liberar a los detenidos que Alfonso XIII pensaba fusilar.

Sabéis cómo acabó todo. Marina dio cuenta a Madrid de la situación gravísima de Barcelona. De la disposición de espíritu de su guarnición militar. Madrid insistió en su orden primitivo. Insistió una vez, dos veces; tres veces. Pero ante la amenaza de reemplazar al general Marina, cedió, y los militares presos, fueron liberados y orden del Gobierno. Y las tropas no hubieron de salir de sus cuarteles. Y, todo, desde entonces, parece que, dentro del ejército, ya nada se volviéndonos con normalidad aparente. Aparente más, porque las Juntas hacen firmes sus peticiones. Porque las Juntas han llegado a promover una votación sobre el apoyo que el ejército podría dar a éste o a otro jefe de Estado y unos militares se han pronunciado francamente por el República don Alfonso y otros han votado por el hijo del infante don Carlos. Y ni uno solo ha propuesto la continuación en el trono de don Alfonso de Borbón.

«Sólo dos, dentro de breves días otras clases sociales, van a formular públicamente una demanda. Una demanda más extensa, más humana que la de vuestros jefes y oficiales. Van a pedir que abandone el más alto poder del Estado el hombre que no ha sabido ejercerlo. Que caiga de una vez y para siempre el más débil y arruinar en sus manos todo el dinero y toda la riqueza de este pobre país. Van a pedir que en España la justicia sea justa: la administración sea honrada; la escuela enseñe a todos; la tierra produzca lo que debe producir; la tributación sea equitativa; el ejercicio sea voluntario y al alcance a todos en tiempo de guerra; el trabajo sea recompensado; la dignidad del poder civil. Van a pedir todo esto, no van a pedir en la misma forma que los jefes y oficiales, pero sí, jefes y oficiales, agrarios, amenazando, saltando por encima de las leyes, negando los brazos para el trabajo, del mismo modo que ellos negaron las armas para cumplir las órdenes del Gobierno.

¿Qué sucederá? Alfonso XIII no tiene fuera de aquí nada de su lado. Francia le ha cerrado las puertas. Inglaterra no quiere otro. Dentro de España tiene menos aún. Los militares que se refugian son los peores; lo dicen ellos mismos. Las oligarquías pluto-cráticas siempre al lado del capital. Ellos sabían que pesaba sobre ellos, el uniforme de la virgenza de la capitanía de Santiago y de las inmensidades de Marruecos. Ellos, sabían que, al lado del rey, un cuarto millón no formado por los mejores, prolegía sin mesura al que se decía arrastrarse y abandonada, sin piedad al que se ceñía al cumplimiento de los deberes. Ellos sabían que el Ministerio de Guerra se había noado por años y años casi todo el presupuesto del Estado y a pesar de ello no había municiones, ni fusiles, ni cañones, ni campo de operaciones, ni industrias de guerra, ni caminos estratégicos, ni servicio de sanidad, ni dinero siquiera para el rancho de los soldados. Ellos sabían todo esto y lemoseros de su responsabilidad en días próximos o celosos de su dignidad, constituyéronse en Junta de Defensa. Tenían, el propósito de derribar la oligarquía de arriba y dar al ejército los medios necesarios de sostén.

Sabéis la primera decisión del Gobierno: encerrar a los militares que tuvieron el valor cívico de constituir la Junta. Más, sabéis el relevo de Alfau. Sabéis, después del cese de Alfau, el nombramiento del general Marina y las órdenes expresas que a Marina le dió el rey. Marina vino a Barcelona con el propósito de fusilar a los militares detenidos en Monjuich. De volar la cabeza a tiro limpio. De hacerles polvo.

¿Por qué no se hizo esto? Porque los militares supieron agruparse, reunirse, consolidarse, sostenerse en el peligro. Por un lado, el general Marina no hubiera encontrado entre la fuerza armada un solo instituto dispuesto a cumplir tal orden. Ya lo intentó. Y ni infantería, ni caballería, ni artillería, ni carabineros, ni guardias civiles doblaron la cabeza. Aunque el rey lo exigiese, aunque lo mandase el capitán general, ellos no la harían.

Estos no encerraban el fusil contra los mismos militares que no habían realizado otro acto que exteriorizar el celo y el descontento de la colectividad. Por otro lado, los jefes en sus cuarteles tenían a las tropas dispuestas para ir a liberar a los detenidos que Alfonso XIII pensaba fusilar.

Sabéis cómo acabó todo. Marina dio cuenta a Madrid de la situación gravísima de Barcelona. De la disposición de espíritu de su guarnición militar. Madrid insistió en su orden primitivo. Insistió una vez, dos veces; tres veces. Pero ante la amenaza de reemplazar al general Marina, cedió, y los militares presos, fueron liberados y orden del Gobierno. Y las tropas no hubieron de salir de sus cuarteles. Y, todo, desde entonces, parece que, dentro del ejército, ya nada se volviéndonos con normalidad aparente. Aparente más, porque las Juntas hacen firmes sus peticiones. Porque las Juntas han llegado a promover una votación sobre el apoyo que el ejército podría dar a éste o a otro jefe de Estado y unos militares se han pronunciado francamente por el República don Alfonso y otros han votado por el hijo del infante don Carlos. Y ni uno solo ha propuesto la continuación en el trono de don Alfonso de Borbón.

«Sólo dos, dentro de breves días otras clases sociales, van a formular públicamente una demanda. Una demanda más extensa, más humana que la de vuestros jefes y oficiales. Van a pedir que abandone el más alto poder del Estado el hombre que no ha sabido ejercerlo. Que caiga de una vez y para siempre el más débil y arruinar en sus manos todo el dinero y toda la riqueza de este pobre país. Van a pedir que en España la justicia sea justa: la administración sea honrada; la escuela enseñe a todos; la tierra produzca lo que debe producir; la tributación sea equitativa; el ejercicio sea voluntario y al alcance a todos en tiempo de guerra; el trabajo sea recompensado; la dignidad del poder civil. Van a pedir todo esto, no van a pedir en la misma forma que los jefes y oficiales, pero sí, jefes y oficiales, agrarios, amenazando, saltando por encima de las leyes, negando los brazos para el trabajo, del mismo modo que ellos negaron las armas para cumplir las órdenes del Gobierno.

¿Qué sucederá? Alfonso XIII no tiene fuera de aquí nada de su lado. Francia le ha cerrado las puertas. Inglaterra no quiere otro. Dentro de España tiene menos aún. Los militares que se refugian son los peores; lo dicen ellos mismos. Las oligarquías pluto-cráticas siempre al lado del capital. Ellos sabían que pesaba sobre ellos, el uniforme de la virgenza de la capitanía de Santiago y de las inmensidades de Marruecos. Ellos, sabían que, al lado del rey, un cuarto millón no formado por los mejores, prolegía sin mesura al que se decía arrastrarse y abandonada, sin piedad al que se ceñía al cumplimiento de los deberes. Ellos sabían que el Ministerio de Guerra se había noado por años y años casi todo el presupuesto del Estado y a pesar de ello no había municiones, ni fusiles, ni cañones, ni campo de operaciones, ni industrias de guerra, ni caminos estratégicos, ni servicio de sanidad, ni dinero siquiera para el rancho de los soldados. Ellos sabían todo esto y lemoseros de su responsabilidad en días próximos o celosos de su dignidad, constituyéronse en Junta de Defensa. Tenían, el propósito de derribar la oligarquía de arriba y dar al ejército los medios necesarios de sostén.

Sabéis la primera decisión del Gobierno: encerrar a los militares que tuvieron el valor cívico de constituir la Junta. Más, sabéis el relevo de Alfau. Sabéis, después del cese de Alfau, el nombramiento del general Marina y las órdenes expresas que a Marina le dió el rey. Marina vino a Barcelona con el propósito de fusilar a los militares detenidos en Monjuich. De volar la cabeza a tiro limpio. De hacerles polvo.

«Sólo dos, dentro de breves días otras clases sociales, van a formular públicamente una demanda. Una demanda más extensa, más humana que la de vuestros jefes y oficiales. Van a pedir que abandone el más alto poder del Estado el hombre que no ha sabido ejercerlo. Que caiga de una vez y para siempre el más débil y arruinar en sus manos todo el dinero y toda la riqueza de este pobre país. Van a pedir que en España la justicia sea justa: la administración sea honrada; la escuela enseñe a todos; la tierra produzca lo que debe producir; la tributación sea equitativa; el ejercicio sea voluntario y al alcance a todos en tiempo de guerra; el trabajo sea recompensado; la dignidad del poder civil. Van a pedir todo esto, no van a pedir en la misma forma que los jefes y oficiales, pero sí, jefes y oficiales, agrarios, amenazando, saltando por encima de las leyes, negando los brazos para el trabajo, del mismo modo que ellos negaron las armas para cumplir las órdenes del Gobierno.

¿Qué sucederá? Alfonso XIII no tiene fuera de aquí nada de su lado. Francia le ha cerrado las puertas. Inglaterra no quiere otro. Dentro de España tiene menos aún. Los militares que se refugian son los peores; lo dicen ellos mismos. Las oligarquías pluto-cráticas siempre al lado del capital. Ellos sabían que pesaba sobre ellos, el uniforme de la virgenza de la capitanía de Santiago y de las inmensidades de Marruecos. Ellos, sabían que, al lado del rey, un cuarto millón no formado por los mejores, prolegía sin mesura al que se decía arrastrarse y abandonada, sin piedad al que se ceñía al cumplimiento de los deberes. Ellos sabían que el Ministerio de Guerra se había noado por años y años casi todo el presupuesto del Estado y a pesar de ello no había municiones, ni fusiles, ni cañones, ni campo de operaciones, ni industrias de guerra, ni caminos estratégicos, ni servicio de sanidad, ni dinero siquiera para el rancho de los soldados. Ellos sabían todo esto y lemoseros de su responsabilidad en días próximos o celosos de su dignidad, constituyéronse en Junta de Defensa. Tenían, el propósito de derribar la oligarquía de arriba y dar al ejército los

